

# ENTRE TRAGO Y TRAGO

Julián Ibáñez

BARCELONA 2010

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a

08034 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© Julián Ibáñez, 2010

© de la presente edición, 2010, Editorial Alrevés, S.L.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-937435-7-4

Depósito legal: B.37.236 - 2009

Diseño de portada: IZQUI

Impresión:

Novagràfik, S.L.

Vivaldi, 5

08110 Montcada i Reixac (Barcelona)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

5

Por la tarde, con todo el calor —

fue como un sueño: el

golpe en la cabeza y los bolsillos vacíos—, sucedió el segundo prodigio del día.

Soy del gremio de los que no duermen la siesta, ni me tumbo en un sofá, ni cierro los ojos en una silla, prefiero luchar contra el sopor pensando que aprovecho el tiempo aunque no haga nada. Después de engullir un filete y una ensalada con una cerveza, me dirigí —serían las tres y media— a la cafetería de la estación, uno de los pocos bares abiertos a aquella hora, a tomar mi habitual granizado de café.

En la cafetería nos encontrábamos solos el camarero joven, el de granos en la cara, y yo. No era la hora de paso de ningún tren. Los dos, cada uno a un lado de la barra, luchábamos contra la modorra.

Yo ocupaba una de las banquetas del centro, con los brazos sobre el mostrador y la mirada en el espejo de enfrente.

Acababa de dar el primer sorbo al granizado.

—Eh, mocososo, ¿va a batir un récord hoy el termómetro?

La respuesta del chico me estaba llegando cuando la vi. No en el espejo, sino al otro lado del cristal de la puerta, porque acababa de volver la cabeza para mirar sobre el hombro sin ninguna razón. El chico me replicaba que aquel era el día más caluroso del año, y se cortó porque también la había visto.

Fue a través del cristal de la puerta, la que comunicaba con la calle. Sólo fue una imagen fugaz, lo que tardó en cruzar. Mi sistema nervioso sufrió una sacudida.

6

Llamó mi atención la bolsa que llevaba en la mano: parecía vacía, de tamaño mediano, una bolsa de las antiguas, de tela o de felpa, de un tono mezcla de gris y marrón claro, con arabescos y rebordes de badana negra; una bolsa elegante, pero anticuada, de las que salen en las películas cuando la gente viajaba en trenes arrastrados por pequeñas máquinas de vapor. No se ven muchas bolsas de este estilo por ahí.

—¿Qué era eso, un reflejo o una mujer? —me llegó el graznido del chico.

Era una mujer. Gitana. Lo deduje por la bolsa, llamativa, anticuada; por la falda holgada, hasta los tobillos, con volantes, de un tono verde lima pero con grandes flores pastel; por el pelo negro azabache, estirado y recogido en la nuca para caer sobre la espalda; y por los grandes incensarios dorados balanceándose de sus orejas. Logré vislumbrar su tez morena, sus rasgos afilados, aunque me resulta difícil definirlos con precisión en aquella visión fugaz. Un niqui malva se pegaba a su piel.

Una mujer increíblemente atractiva. Fue su cuerpo lo que me golpeó con fuerza.

«Estilizado.» Estilizado fue la primera palabra que me vino a la mente, no conozco otra que exprese algo similar, y no me refiero a un término artístico, de dibujante cuya primera copa del día es un vaso de leche desnatada, tampoco a esa estilización quebradiza de tipo chino o japonés, sino a algo más intenso. Me vino a la mente la palabra «juncal», algo relacionado con la naturaleza, con espacios abiertos y con frescor, un cuerpo esbelto y vigoroso, de movimientos elásticos y precisos.

Fingí no haber oído al chico, no quería compartir aquella imagen con él, deseaba retenerla para mí, como si la hubiera soñado, sacarle todo su jugo en mi duermevela.

Había cruzado al otro lado del cristal con decisión, buscando seguramente la sombra de la marquesina o de las acacias al fondo del andén.

Su imagen se fue diluyendo en mi cabeza, hasta que me sentí idiota cuando me sorprendí esforzándome en recuperarla.

7

El chico desapareció en la cocina. Apuré el granizado, dejé un par de monedas sobre la barra y tomé el camino de la puerta.

El calor me envolvió como arena ardiendo. En vez de cruzar la calzada para zambullirme en el Renault, enfilé hacia

los servicios de la estación con el único propósito de alargar el tiempo. Aquellas dependencias, a aquella hora, significaban un refugio seguro contra el calor. No me importaba fumar allí un pitillo. Se dejó oír el silbido de un tren lejano, seguramente se trataba de un mercancías.

Los servicios eran un lugar fresco y casi agradable, sin caras hoscas y sin olores. Las puertas y zócalos estaban pintadas gris plomo, los azulejos, blancos y limpios, llegaban

hasta el techo; se dejaba oír el refrescante sonido del agua llenando las cisternas.

Volví la mirada hacia el servicio de señoras al recordar que los chicos de La Mora lo utilizaban de picadero colándose por la ventana. La puerta estaba entornada. A través de la ranura, de un par de palmos, vi la anticuada bolsa de viaje con arabescos, en el suelo, cerca de la puerta. A la gitana no se la veía.

Ocupé plaza en uno de los mingitorios del servicio de caballeros, con la cisterna descargando.

Fue el sonido de la cisterna, o del mercancías en el cambio de agujas, lo que me impidió oírla acercarse, a ella, a él, o a quien fuese.

Me encontré en el suelo, en el centro de los servicios, aferrándome al aire. La bóveda craneal me retumbaba; mis oídos eran avisperos.

Bajé los brazos y cerré los ojos desconectando el motor que hacía girar las paredes y el techo. Cuando los abrí de nuevo, lo primero que vi fue la puerta del servicio abierta. Traté de incorporarme y un látigo restalló en mi cabeza. Desistí. El mercancías acababa de pasar y su sonido comenzaba a desvanecerse. Giré el cuerpo para buscar el suelo con las manos, logré incorporarme quedándome de rodillas; levanté la mano izquierda para tocarme la coronilla con la punta de los dedos. Dolor vibrante. Sangre. Pensé en una barra forrada de piel, en una bolsa de cuero llena de postas.

8

Saqué el pañuelo y lo apreté contra la herida. Levanté la pierna derecha hasta apoyar toda la planta del pie en el suelo, apoyé la mano en el muslo y, con un impulso, logré colocar

cemento bajo los dos pies.

Me estudié el cuerpo con las manos. No encontré ningún otro golpe.

Caminé hacia la puerta, aturdido, inseguro, con las manos delante de mí a la altura de la cintura. Apoyado en la jamba eché un vistazo al pasillo. Vacío. La puerta del servicio de señoras estaba ahora cerrada. Me dirigí hacia allí, tocando la pared con la punta de los dedos. Le di una patada a la puerta abriéndola del todo. La bolsa de viaje había desaparecido; todas las cabinas se encontraban abiertas.

Nadie.

Metí la mano en el bolsillo trasero del pantalón y lo encontré vacío. Escarbé, estaba vacío. Allí guardaba el dinero, en la cartera, medio billete aquella tarde. Me lo había birlado.

Me apoyé en la pared. Me importaba el golpe en la cabeza, desconocía su importancia. Apreté el pañuelo contra la herida. Todo por medio billete.

La luz y el aire pesaban cuando salí al andén.

Pensé que había permanecido desvanecido sólo unos segundos, por lo que crucé con decisión hacia el otro extremo del andén. Vías, tinglados, vestíbulo de taquillas,

facturación... No se veía a nadie, ni gitana, ni pasajeros, ni personal de servicio, parecían haber ordenado evacuación general.

Crucé el vestíbulo de taquillas. El cartel de «cerrado» en las dos ventanillas y sillas vacías al otro lado del cristal. Me detuve en la puerta y mi mirada recorrió el aparcamiento. Había tres coches: el Renault, un Toledo blanco y un Fiat también blanco. Este no se encontraba antes allí.

A unos cien metros de distancia tenía la pequeña rotonda donde confluían cuatro calles. Mi vista recorrió las calzadas, aceras y soportales. No se veían viandantes. Al fondo de Granaderos se movieron un par de coches, conducidos por hombres.

Las cuatro y ocho. Cuando me dirigía a los servicio, en el reloj de la estación faltaban cinco minutos para las cuatro. El golpe lo había recibido hacía unos siete minutos. Poco tiempo, o ya demasiado.

Demasiado si se dispone de un coche. Pero la gitana, si era ella quien me había golpeado, pertenecía al gremio de los peatones; por eso se encontraba en la estación, para coger un tren, por eso cargaba con una bolsa. Había sido un asalto espontáneo, aprovechando las circunstancias, no premeditado.

Dirigí mis pasos a la cafetería. Retiré el pañuelo de la herida, ya no sangraba, y lo guardé en el bolsillo. Dos clientes ocupaban ahora la barra, dos palurdos, los conocía de vista, no robaban carteras. El Fiat era suyo. El chico ponía cubitos de hielo en dos vasos, la cafetera llenaba dos tazas. Sólo ellos. Los dos palurdos —traje de mercadillo, de tono pizarra, y corbata, a pesar del calor— volvieron la mirada hacia mí, pero su expresión me indicó que estaban en otra historia; si hubieran visto a la gitana sus manos estarían trazando curvas en el aire. El chico sirvió los cafés y me miró. Desistí de contarle nada, cuantas menos palabras, mejor. Di media vuelta y regresé a la calle.

Trepé al Renault y giré en Faustino Crespo. Bajé las ventanillas. Alfarrás... Maldonado... Casabermeja... Volviendo la cabeza a derecha e izquierda, buscando una mancha violeta al fondo de las calles, una cola de caballo azabache doblando una esquina, desapareciendo en un portal. Conduje durante una hora. Las calles estaban vacías, el tráfico era casi nulo y, cualquier movimiento, por alejado que se produjera, atraía mi atención.

La gitana se había esfumado. Podía haber tomado cualquier dirección: norte o sur, este u oeste. Si no era idiota tenía que saber que la andaría buscando, incluso podía haberla denunciado y tendría a la policía tras ella; se habría escondido en cualquier covacha de Mataderos o de Puerta

Cuartos, o en el distrito de las luces rojas.

Daba por perdido el medio billete; gruñiría cada vez que me tocara la cabeza; dejaría a la «Buena Suerte» el trabajo de encontrarla.

10

Había descendido en la escala social algunos peldaños: las letras de mi nombre resplandecían ya en la zona reservada a los «Primos».

En verano abría el club a eso de las diez. Antes resultaba inútil hacerlo: el calor no remitía hasta después de la puesta de sol, el terraplén de la autovía, orientado a poniente, acumulaba los rayos de la tarde proyectando sobre el cubo de bloques el fuego almacenado durante todo el día. Y a nadie le gusta echar un trago a la vista, si tienes que dejar el coche junto al talud de una autovía.

El Oasis se encontraba a trece kilómetros de Talavera, dentro del pequeño triángulo que forman los cruces de la Autovía 5, la Comarcal 502 y el desvío a Gamonal, de unos mil metros cuadrados. Se accedía a este pequeño trozo de terreno tomando la carretera de Gamonal y esta sólo se

podía tomar desde la 502. Si, al divisar las luces rojas del club, dirección Madrid, te entraba la sed, tenías que continuar otros tres kilómetros hasta el primer cambio de sentido, retroceder un par de kilómetros, humedecerte los labios antes de tomar la salida de la Comarcal 502, hacer otros dos kilómetros, con los ojos bien abiertos para no pasar el cruce de Gamonal, y abrir todavía más los ojos para ver el camino que yo había fabricado con un par de camiones de garbancillo que desembocaba en el aparcamiento de tierra del bar.

Era un destartado cubo de bloques de hormigón, de una sola planta, con tejado de uralita acanalada. Una puerta, una ventana y cuatro paredes encaladas y decoradas por su propietario, un tal Nazario, que me había nombrado encargado por dos billetes y el 15% de comisión. En el aparcamiento podían entrar una veintena de utilitarios, aunque nunca había visto allí más de media docena. Una empalizada de cañizo evitaba la visión de las matrículas desde la autovía.

El disparo de salida de aquella larga semana había sonado a eso de las once de la mañana, aquel mismo lunes.

Me encontraba en el club de casualidad a aquella hora, tan

11

temprano para mí, y no durmiendo o pescando, o contratando chicas para la barra en Puente o Talavera.

Había saltado de la cama temprano porque me tocaba cepillar la puerta que rozaba el suelo levantando el gres.

Era la cuarta o quinta vez que lo hacía, comenzaba a pensar que no era la humedad que hinchaba la madera. Todos los días, durante una semana, me había dedicado a medir la altura del marco y a darle al cepillo, tratando de convencerme de que era la humedad que hinchaba la madera y no

el garito que se me venía abajo.

La figura encuadrada en el vano de la puerta, cuando yo había sacado el tablero y ajustaba la cuchilla del cepillo, no era la de un repartidor de cerveza, ni la de una chica de labios rojos cargando con su maleta, sino la de un tío de la porra. En desaliñado uniforme de verano, con la camisa verde pegada al pecho, el tricornio en la coronilla y una carpeta azul, con los cantos carcomidos, bajo el brazo.

—Demasiado temprano —le informé, indicando con el mango del martillo un cartel inexistente en la puerta.

El tipo se hizo el sordo, dirigiéndose directamente a la barra y arrojando la carpeta displicentemente sobre esta. Después de echar mano al bolsillo trasero del pantalón, de sacar y mostrarme fugazmente una especie de carne dentro de una funda de plástico, comenzó a largar.

En tono autoritario, me espetó que él dependía de tal delegación, que era Inspector Sanitario, que aquel era su distrito, que yo había olvidado cotizar toda clase de tasas y que mis chicas vendían sida en la trastienda; «tus días están contados, además, el tabaco húmedo te ha delatado», me soltó, acusador. Todo aquello, sin duda, con el único fin de sacarme unos billetes.

Extendió sobre la barra una colección de papeles con membretes oficiales y sellos borrosos, un papeleo correcto a primera vista, pero en un segundo repaso se podía advertir que eran fotocopias sobre las que una mano poco experta había trabajado.

Los papeles no despertaron mi interés, sino el sujeto.

Unos cuarenta años; como un metro setenta y cinco de estatura, delgado, con buena percha; rasgos delicados, nariz

12

recta... cejas finas y oscuras. Me dio por pensar que el uniforme de guardia civil y sus ademanes desabridos eran sólo componentes de una representación.

—¿Qué bebes? Estás invitado a una cerveza —le ofrecí, con la mirada de nuevo en el cepillo.

—¡Aquí nadie bebe! —me replicó, airado, recogiendo los papeles—. Quiero ver todos tus permisos en regla o te echo el precinto, ¿me has oído?... Y dicen por ahí que trabajas con menores, ¿no será cierto?

—¿Menores? Hummm... Pásate por aquí a eso de las diez y podrás tirarles de las trenzas.

—¡Papeles! —Chasqueó los dedos debajo de mi nariz—. ¡Vamos!

—¿Qué vas a hacer si no los tengo?

—¿No tienes? —aulló—. ¡Te precinto y no abres en veinte años!

—No necesitas precintos —indiqué sobre el hombro—. Ahí tienes la llave.

Su dedo agitó el aire bajo mi nariz.

—¡Otra palabra y esta noche cenas en bandeja de aluminio! Dejó el cepillo.

—Tú ganas. Voy a preparar la maleta.

Agotadas las últimas reservas de su mirada, abrió la carpeta carcomida y, del compartimiento de una de las solapas, sacó un sobre grande, sepia, lo abrió y extrajo de él la colección de fotos de una negra jugueteando con un perro.

—¿Cómo andas de vista?

Era un cruce de Pointer Poodle y Grifón, o Braco francés, blanco, con manchas grises y exhibición de costillas.

La

negra, unos veinticinco, estaba también en los huesos: pecho como una tabla, uñas de manos y pies escarlata e incisivos de caballo.

—Son artísticas —me informó, manteniendo la expresión áspera de un Inspector Sanitario. Golpeó con el índice la foto de la negra correteando alrededor del Pointer sentado sobre sus cuartos traseros—. Auténticas obras de arte.

Eran quince fotos: de color, desenfocadas, mal iluminadas, abarquilladas, de unos veinte por doce, sin ningún sello

13

en la cara posterior. En todas aparecía la negra, larguirucha, en los huesos, pulmones invisibles de pezones diminutos, pezuñas de hombre —un cuarenta y dos o cuarenta y tres— con uñas, de manos y pies, escarlata; jeta alargada, mentón picudo y cabeza amelonada, cubierta de lana oscura, con los labios bien apretados tratando de ocultar al mundo sus incisivos. En todas las fotos se mostraba a pelo, con una cadena y una cruz dorada al cuello, haciendo diversos números, sola o con el Pointer: desparramada como una araña; con las piernas separadas a punto de meterse un gran pepino; ofreciendo su santuario a la lengua del perro, o con la cabeza entre sus patas mordisqueándole el cilindro.

—Son fotos artísticas, puedes colocárselas a tus clientes

—me orientó el tipo, en un tono neutro esta vez.

Las rechacé, empujándolas con el dedo.

—Mis clientes no entienden de arte.

—Te quedas con un par de lotes y... por esta vez, dormirás sobre colchón.

—Lo estás bordando —le animé—: hazte el blando y recibirás una enorme cagada.

Pero no parecía que estuviera actuando, sino que era tal como se mostraba: imprevisible. Desde el primer momento me mantuve en guardia con él.

Sacó otro sobre de la carpeta, sin transición.

—En este material no se corta ninguno de los dos. —Me ofreció las nuevas fotos empujándolas sobre la barra con desdén de chulo—. Se la tira.

Me encogí de hombros.

Y de nuevo sin transición, me ofreció a la negra, en régimen de «condominio» —fue la palabra que empleó—. Le respondí que no me interesaba ningún condominio, sin embargo le ofrecí un billete por el Pointer: lo colocaría por ahí y sacaría mi comisión.

Obtuve de él media sonrisa.

—¿El perro? Ha volado, alguien se hizo su dueño... He

ofrecido una recompensa por la radio pero el hijo puta que se lo llevó no escucha la radio.

—Mala suerte.

—A ella la tienes ahí, tal como es, sin abrigo.

14

—Condominio... ¿Dónde me he anunciado diciendo que necesito chicas?

—... Morlans —me respondió.

Entonces cambié de idea: accedí a comprar a la negra, repartiendo las ganancias con el guardia, en eso de condominio.

Compré a la chica sólo por la recomendación que traían del Pequeño —más tarde, a eso de las siete, marqué su número desde el Veracruz pero sin resultado—; supuse entonces, y estuve acertado, que la negra había sido antes de su propiedad.

—¿Quién es la chica?

—Una *mandé*.

—Eso me había parecido.

—¿Quieres probar?

—¿Qué?

Dio media vuelta y fue hasta la puerta. Indicó con la cabeza a alguien que esperaba afuera —en un polvoriento Toyota todoterreno, gris humo, según vi reflejado en el cristal de la ventana— que entrara y, segundos después, oí la puerta del Toyota no cerrándose a la primera y cerrándose al fin.

Se cubría con un vestido azul lavanda, de algodón, liviano y ceñido, sin nada debajo, y sandalias de tono herrumbroso, de tiras y tacón bajo, con las uñas de zarpas y pies, ahora, plateadas. Podía tener unos veinticinco o veintisiete, y era espigada, rebasaría mi hombro —mi talla es de un metro ochenta y tres—. No era negra cerrada, debía de tener algo de sangre blanca, o se había aclarado de no darle el sol, o quizás pertenecía a una raza de negros de un tono tostado oscuro. Su pelo, escaso, era lanoso, pero la nariz no era demasiado achatada. Mostraba un mentón en punta, obstinado, lo que no la favorecía, junto con los incisivos de caballo que impresionaban —es lo único por lo que mis clientes todavía preguntan—; su figura en general era estilizada, angulosa, mejor vestida que desnuda. El blanco amarillento de sus enormes ojos resaltaba en su jeta chocolate. El pelo ralo y aquel cuerpo sin curvas la harían pasar por un muchacho. El tipo me la presentó:

15

—Ha equivocado la talla de los dientes y los pies, pero eso no importa. Puedes darle tiza al taco, si quieres.

Estudié a la negra con calma, porque comenzaba a considerar la oferta del guardia; temía también que, de no hacerlo, los dos lo tomaran como una afrenta y saliéramos a palos.

Fue entonces cuando le pregunté, de nuevo, sin apartar los ojos de la negra, quién le había dicho que yo buscaba chicas, y él, otra vez, me respondió que Morlans.

El pequeño y atildado jornalero del juego; escurridizo y ausente; en Fresneda, cinco años después, cinco años despeñándose, le encontraría; Maza en persona, viajero del tren nocturno colgado de una viga en el sótano que había convertido en su residencia.

Aquel verano sólo trabajaban para mí dos portuguesas, Sonia y Berta, dos cadáveres detrás de la barra, que entendían bien el español, no se pasaban con los tragos y hacían pipas lejos de El Oasis, pero no dejaban de ser como tantas otras chicas, y un club, si quiere tener clientes entre semana, necesita algo exótico.

Me dirigí a la negra.

—¿Tienes un nombre?

—Se llama Bemba-Balé —respondió el guardia por ella.

—Si no habla no me sirve.

—Habla tan bien como tú y como yo.

—¿Sabes llenar una copa de una botella? —me dirigí a la negra de nuevo.

—Sabe de todo —intervino su mentor.

—Cuando le pregunto quiero escuchar su voz.

La estudié de nuevo. Le hice otra oferta al guardia civil: diez billetes por la chica y las ganancias a medias. Era una buena oferta. El tipo lo pensó. Con la mirada perdida, el tricornio bien colocado y la carpeta en la mano, parecía un representante de cafés solubles. Un pequeño intercambio de cifras y cerramos el trato, el contrato de «condominio»: yo no tenía que soltar los diez billetes y él se quedaba con el 70% de lo que tarifara, dentro del club, nuestro «condominio», pago semanal.

No era un mal negocio: una negra, aún en los huesos,  
16

con los pies gigantes y la dentadura de caballo, le daría un toque de calidad a El Oasis. Cuando dejara de ser una novedad y no atrajera clientes, le regalaría un billete de ida para la selva.

—¿Tienes papeles? —me dirigía de nuevo a la negra.

Sabía que no los tenía y yo prefería que estuviera indocumentada; si me causaba problemas bastaría con mi pulgar indicándole la puerta.

—Ella no necesita papeles.

—¿Cómo así?

—Es mi mujer.

Quería hacerla pasar por su costilla. Yo había dado por sentado que éramos socios y había una zona de lealtad entre nosotros. Él, al parecer, no opinaba así.

—Las mujeres de ahora saben ganarse la vida, ya no se conforman con sacar a pasear al perro —reflexioné sarcástico, apoyando los brazos en la barra y afirmando con la cabeza, roto el vínculo de amistad que había surgido entre nosotros.

—Eso es.

—¿Doble nacionalidad? —subrayé el tono sarcástico arqueando las cejas.

El tipo, con un gesto brusco, echó mano al bolsillo de atrás del pantalón en ademán de sacar la pistola. Pero sacó una cartilla de tapas azules y bordes carcomidos.

—¿Sabes leer? —me espetó irritado, arrojándome la cartilla.

La atrapé al vuelo. La abrí y le eché un vistazo: era un Libro de Familia.

El tipo se llamaba Hermenegildo Ruiz García; natural de Borteña, Cantabria; nacido el 2 de febrero de 1969; profesión: guardia civil. Ella, Bemba-Balé Nbamuai Ibo; nacida en Quelimane, Sierra Leona, el 7 de octubre de 1983; profesión: ama de casa.

Se habían casado, como dos tórtolos, el 23 de septiembre de 2006, en la parroquia de San Esteban, en Cervera de Pisuerga, provincia de Palencia.

Fue una semana de auténticos prodigios, como ya he dicho. A veces, cosechando polvo mágico, o triturándolo en

17

el molinillo del café, o con los codos en el mostrador y la barbilla sobre las manos, o tumbado en la cama en la oscuridad, pienso en ello. Mi mente gira en un torbellino de imágenes y palabras. El rostro de María ocupa el centro de una brillante galaxia. Sueño, dormido o despierto, que todavía la tengo a mi lado.

En resumen, el lunes, antes de las diez de la noche, hora de apertura de El Oasis —horario de verano—, había conocido,

firmado un contrato de condominio e intentado hacerles sacar brillo con el culo al raído sofá del trastero, a la negra Bemba-Balé y a la gitana María, y, veinticuatro horas después, me había asociado con Gildo, tío de la porra, en el negocio de «polvo mágico» —así lo bautizó él—: adormidera silvestre pulverizada en el molinillo del café y presentada en bolsas de doscientos cincuenta gramos.

Una semana de auténticos prodigios. Si seguimos un orden, aquel fue el primero. Había sucedido por la mañana.

El segundo fue quedarme sin cartera en los urinarios de la estación.

18

Las seis. Llamé a Sonia para decirle que se encargara de abrir el club y que teníamos una chica nueva, que la pusiera al corriente y que yo aparecería hacia la una.

Aquella tarde, como sucedía una vez al mes, tenía que ganarme un sobresueldo.

Me metí en el Renault y puse proa a Misioneros y Perelada, donde arrancaba el carril de aceleración de la autovía, rumbo a poniente. Aquel día de infierno el sol había puesto el coche al rojo.

Todo lo que tenía por delante era un soporífero viaje de trescientos kilómetros: hacia Trujillo por Navalmoral y luego hacia El Pino por Cáceres y Valencia de Alcántara, casi en la raya de Portugal. El sol entraba perpendicular por el parabrisas, aplastándome contra el asiento, el aire

acondicionado no funcionaba y el aire espeso se agitaba en las cuatro ventanillas.

Sudando por todos los poros, con la camisa pegada al cuerpo, mis pensamientos se centraron en mi agresora de la estación, la gitana, aunque me costaba ver de nuevo su imagen fugaz cruzando al otro lado de la puerta de cristal. Era el único pensamiento que ocupaba mi mente. Su figura borrosa saltaba del lóbulo derecho al izquierdo; quería contemplarla desde otro ángulo, pero no lo conseguía; su imagen funcionaba como la luz de un faro, aparecía y desaparecía a ritmo regular. Trataba de detener aquel ir y venir pero sin resultado. Conducía mecánicamente porque el ping pong mental no se detenía.

Eran las ocho y media cuando mi vista descubrió las  
19

primeras casas de El Pino. Un poblacho medio abandonado, apenas veinte vecinos constituían su censo: casuchas de lajas de pizarra y calles pavimentadas con rodillos.

Había un pequeño club, La Atalaya, que en los buenos tiempos había servido como tapadera de contrabando.

Las chicas y el quinquí que las había cruzado por la frontera —del clan segurano; rostro aplastado, de brazos largos y mirada de criminal— me estaban esperando. El club se encontraba cerrado y los cinco se hallaban cerca de la puerta, a la sombra, las chicas sentadas en un poyo y un par de sillas de plástico y el segurano apoyado en la pared, fumando. Me bastó un vistazo para comprobar que las chicas eran mercancía de tercera. Ninguno de ellos se movió cuando me vieron aparecer, ni durante la maniobra de aparcar. Su expresión aburrida me decía que hacía mucho que esperaban. Salí del coche y me limité a decirles que se tomaran otra ronda mientras me daba un paseo para recuperar la circulación de las piernas.

Reconciliado con el mundo después de un chapuzón en el río, le firmé al segurano, con una Parker, los cuatro recibos, uno por cada chica —el negocio era así, con sus recibos, sus libros de contabilidad, sus asesores fiscales y sus Parker—.

El tipo, sin abrir la boca, me entregó los pasaportes y las chicas se encaramaron al Renault. Me coloqué detrás del volante, le di vida al motor y puse rumbo de vuelta a Talavera.

El viaje fue tranquilo. El calor remitía y el sol muy bajo nos daba ahora de espaldas. Durante unos minutos logré no pensar en la gitana, comenzaba a sospechar que no era real, que era un espíritu que se me había aparecido.

Dos de las chicas eran portuguesas y las otras dos negras, angoleñas, o de por ahí. Las cuatro habían cumplido los treinta, y, si no querían asustarse, sería mejor que no se colocaran delante de un espejo. Las cuatro se llamaban Fátima, fue lo que me dijeron ahogando rebuznos; si les gustaba llamarse Fátima, eso me facilitaba recordar sus nombres. Un par de bromas y continuaron riéndose: trabajo igual a felicidad.

A las doce, ya en Talavera, aparcamos en la parte de  
20

atrás del Habanera —un par de peldaños por encima de El Oasis—, propiedad de Arjona, otro quinquí —del clan local—, un tipo áspero, con un punto, un fulano al que yo no sabía como catalogar.

Le llevaba las chicas y le entregaba los pasaportes; no tenía que ofrecerle una Parker para que me firmara ningún recibo, se limitaba a meterme unos billetes en el bolsillo.

En eso consistía mi trabajo: hacer de transportista cuando Arjona estaba demasiado ocupado para desplazarse en persona hasta la raya de Portugal.

Pero aquella noche me quedé a la subasta, sólo porque me apetecía un trago, había sudado demasiado, ninguna de las Fátima había despertado mi interés, necesitaba chicas pero sabía que Nazario no tocaría la cuenta de resultados para comprarlas.

Feli me sirvió la cerveza y, dejando que el frío del botellín ascendiera por mi brazo, me dirigí al reservado donde Arjona y su socio, Crótalo —también del clan local; largo, de ojos achinados y pómulos de sioux— habían llevado a las cuatro chicas. Allí se efectuaba la subasta, con los dueños de otros clubes, de Talavera o de la zona. No se trataba de un mercado de esclavas, o de una oficina de empleo, sólo era una especie de intercambio, las chicas podían ir y venir a su antojo; en teoría, nosotros reteníamos su documentación hasta tener amortizada la inversión, y algunas veces algo más, si la chica resultaba un buen negocio.

Había una docena de personas en la habitación. Pero la vi nada más entrar, aunque se encontraba al fondo, sentada en una silla, con la elegante pero anticuada bolsa de viaje a sus pies, el niqui malva pegado a la piel y la falda holgada con volantes.

De golpe, el resto del decorado se borró para mí.

Me daba su perfil altivo y sereno. Nada de pastosa belleza de calendario, su nivel era muy superior. Y aquel increíble cuerpo, fresco, de gacela.

Su imagen acaparó todos mis sentidos, convirtiéndose en tejido de mi cerebro.

Giró la cabeza y me vio. Sus ojos en mis ojos. Calor intenso.

Creí que me había visto pero me miraba sin verme,

21

con sus ojos de serpiente sagrada. Su expresión no se alteró. Se echó hacia atrás en la silla y colocó un brazo sobre el respaldo.

No llevaba sostén: la diminuta sombra de las lentejas de sus pezones sobre el niqui pegado a la piel. Toda ella era un sencillo juego de curvas trazadas por una mano arrebatada.

No resultaba provocativa, sino indiferente, o altanera.

En aquella silla, con el brazo sobre el respaldo, irradiaba una elegancia salvaje.

En la habitación se encontraba la mercancía que yo había traído y dos dominicanas, dos negras grasientas. Además

de Arjona y Crótalo, había otros cinco representantes del gremio de hostelería: Fraile, hermano de Crótalo, dueño del Bésame, en Navalmoral, más corto y ancho que su hermano, pero con sus pómulos de sioux; Alvito, que llevaba el Amor de Hombre, en Talavera, recibía por el tubo de la chimenea; y otros tres tipos de mediana edad: Ahijado, un patán con un hijo ladrón profesional de coches, Caballo y Muñoz, puro Madrid, a los que conocía poco.

—Hoy nos tocan un par de negras completas y dos medio negras. Vamos —nos llegó la voz de Arjona, imperiosa, lo habitual en él: hacer pensar deprisa era su táctica en los negocios.

Se había olvidado de la gitana.

—La gitana, ¿le has puesto ya una etiqueta con el precio?

—se dejó oír mi voz.

Había hecho la pregunta de forma mecánica, en un tono elevado, sin pretenderlo tampoco; todos los presentes me oyeron, aunque hacer una oferta en aquella habitación, con las chicas delante, iba contra las reglas. Fui el destinatario de todas las miradas.

Arjona dejó escapar el humo del pitillo que acababa de encender y se alejó donde una de las portuguesas. Me había oído pero no me había escuchado: yo sólo era un recadero, conmigo no había negocios.

Hundí las manos en los bolsillos y me acerqué a la gitana.

—¿Qué hay?

Movió los ojos para encontrar los míos. Verdes, cegado<sup>22</sup> res. Su mirada pretendía ser neutra, pero no lo era, nunca lo sería con aquel par de gatos al acecho.

—¿Tienes un nombre? —le pregunté de nuevo, en un tono demasiado duro que pretendía ocultar que me encontraba a la defensiva.

—¿Tú qué crees?

—¿Cuál?

—María —me contestó, cansina, desviando la mirada, como

si hubiera contestado a aquella pregunta varias veces.

Un nombre que no encajaba con ella. Si me hubiera respondido «La Horca», «El Cólera», «La Peste», conociendo dónde me arrastró, habría acertado.

—¿Cómo te va la vida?

Otra pregunta vacía, por lo que no me prestó atención, u otros pensamientos ocupaban su cabeza. Había algo de melancólico en su expresión, cercano a la tristeza.

Mis colegas examinaban a las otras chicas. Uno de los madrileños pinzaba los michelines de una de las negras, Arjona le dio un manotazo en los riñones para que se encaminara al bar, luego le echó a Alvito el brazo sobre el hombro y salieron.

La gitana se levantó, enganchó su bolsa y, cuando cruzaba junto a mí con expresión resuelta, me llegó su voz en un susurro:

—Cómprame. No te va a pesar.

Y se confundió con el resto de las chicas.

Entonces creí que era un ruego. Ahora sé que aquellas palabras susurradas fueron una orden.

Minutos después, reunido el gremio en el bar y con los tragos delante, Arjona sacó de debajo de la barra una botella sin etiqueta, reforzó su copa con un chupito y abrió la subasta:

—Las carteras.

—Te he preguntado si le habías puesto un precio a la gitana —de nuevo mi voz—. ¿Qué hay con ella?

—Tú habla sólo con la botella. —Era Crótalo, a mi espalda.

—Ese es el postre —cortó Arjona, obsequiándome con una mirada de soslayo.

23

Apoyé la espalda en la barra.

La primera oferta vino de Alvito, por una de las Fátimas, ocho billetes. Se produjo un silencio de medio minuto sin que surgieran otras ofertas. Le fue adjudicada. En realidad ya se las habían repartido, por lo que la escena se repitió con las otras chicas, transcurriendo la subasta con normalidad.

Arjona se limitaba a hacer nuevas propuestas dando a entender que estaba de acuerdo con las ofertas. Crótalo no intervino. Me dio por pensar que tenían alguna razón para deshacerse rápido de la mercancía.

—¿Qué hay de ese postre? —intervino Fraile, al fin, que era el único, conmigo, que no había ofertado por ninguna de las otras chicas. Tampoco me había mirado desde que estábamos allí.

Arjona apoyó un brazo en la barra y cruzó las piernas, ya no tenía prisa, era la meta que andaba buscando.

Dijo:

—Cien billetes.

Cien billetes, eso fue lo que registraron mis oídos.

En el rostro de Fraile creció una sonrisa de desconcierto, trató de relajarse, enganchó su botellín y le pegó un tiento, esperando oír la explicación de aquella cifra. Pero como no

llegó, dijo:

—¿En qué idioma hablas?

—En el de los dos.

Hablaban entre ellos, al parecer mi presencia allí se había reducido a cero.

—Es mía —mi voz de nuevo, en un tono subido.

Y de nuevo acaparé todas las miradas. Dejé el botellín y me despegué de la barra. Me sentía como desnudo, prisionero en el centro de una laguna fangosa, pero también muy seguro, con los pies firmes sobre una roca.

No disponía de aquella pasta, mis reservas llegaban a los cuarenta billetes, cubrían dos de los tres meses que tenía que liquidar a Nazario. Mis colegas, o lo sabían o lo suponían, ya que me conocían bien, casi todos me habían prestado alguna vez pequeñas cantidades, o me pagaban las

copas; fue por lo que ocuparon un asiento en primera fila, expectantes. Ni Fraile ni Arjona se molestaron en volver la

24

mirada. Crótalo sí me clavó los ojos advirtiéndome que allí no se me había asignado ningún papel.

—¿Cien? —inquirió Fraile.

—Cien.

—Es mía —alcé de nuevo la voz.

Fraile volvió la mirada hacia mí, duro ahora:

—¿Los tienes tú?

—A ti no te he hecho ninguna oferta. ¿O sí?

—Me la has hecho a mí —me espetó Crótalo, también duro.

—¿Los quieres en billetes grandes? —le concretó el duro Fraile a Arjona, ignorándome, avanzando un par de pasos hacia él, crispado—. Dame un par de horas.

Arjona guardó silencio, contemplándonos ceñudo, sopesando el tono de aquellas ofertas.

—Lo has tenido que pensar mucho para tener la pasta en el bolsillo —le repliqué a Fraile; cambié la mirada hacia Arjona—. Mi oferta también vale.

—¿Has encontrado un tesoro, o vas a sablearlos por ahí?

—me ladró Fraile, con desdén, forzando su propia voz.

—¿Te debo algo a ti? No. Entonces cierra la boca o te la cierro yo. —Podía sacudirle, pero no quería comprometer a Arjona. Me dirigí a este—: Te he hecho una oferta, ¿vale? Me alegré de aquel tono imperativo: ganaba unos cuantos puntos. Fraile palideció, la piel en sus pómulos se puso tensa.

—¿Dónde la has encontrado? —intervino Ahijado, dirigiéndose a Arjona, conciliador.

—Era la única María en la guía de teléfonos —respondió este, sin mirarle.

—Te ha preguntado si los tienes —intervino de nuevo Crótalo, con un silbido de cobra.

—Los tengo —gruñí.

—Está bien. Es tuya —decidió Arjona, cortante, exhibiendo su autoridad sobre Crótalo, dando el asunto por zanjado.

El trato se había cerrado en falso, la intervención a destiempo de Crótalo había forzado a Arjona a mostrarle su autoridad

adjudicándome la gitana.

25

Así de fácil. Fue un golpe de mano, no tenía fuerzas para luchar contra aquella luz cegadora.

No hubo comentarios, mis colegas se limitaron a despedirse y a salir en busca de sus adquisiciones para partir camino de sus negocios.

Cuando entraba en la habitación de las chicas me llegó la voz de Arjona.

—Espera.

Estaba hablando con Feli. Terminó de decirle algo y:

—¿Cuándo?

—Dame un par de días.

Crótalo me había seguido situándose a mi derecha. Podía acercarse por la espalda y clavarte los colmillos sin que le oyeras.

Arjona lo pensó, buscando una respuesta en el vacío.

—Uno.

—Yo no guardo la pasta en una caja de zapatos como el hermano de este —le advertí—. Lo tengo invertido, por aquí y por allá.

Tales inversiones no existían. Ni tan siquiera me había planteado

de dónde iba a sacar la pasta, en lo único en que pensaba era en tener a la gitana a mi lado, dirección a El Oasis.

Pediría prestado a los colegas, había gente que me debía favores, el mismo Arjona. Daría un toque al Pequeño

para

que me buscara partidas, arriesgaría y no jugaría a comisión. Abriría el club a las ocho, horario de invierno, y cerraría cuando hubiera vaciado la última cartera. Buscaría algo.

—Cuarenta y ocho horas, ni una más —me advirtió Arjona, rubricando el trato—, o te quedas sin chica y sin los extras.

Afirmé levemente con la cabeza y les dejé.

La gitana se encontraba sentada en la silla, con la bolsa en la mano.

—Toda mía —le dije—. Cinco minutos.

Cinco minutos y me esperaba junto al Renault. Le abrí la puerta. Luego me senté a su lado, clavé la mirada en el parabrisas; mi mano buscó la llave de contacto, la palanca

26  
del cambio; arrancamos. Le ofrecí la cajetilla todavía sin mirarla; la rechazó.

Encendí uno para mí, con torpeza. Después de un par de caladas, ya en Mariano Crespo, dije:

—¿De quién eras?... ¿Cómo has llegado hasta aquí?

La bolsa de viaje sobre las piernas, sin sostenerla con las manos. Tardó en contestarme:

—La Mula.

—¿De Humanes?

—Sí.

Le di al intermitente, eché un vistazo al espejo y nos metimos en el carril de aceleración. Dejé pasar un furgón.

No me atrevía a mirarla de soslayo, temía encontrar su asiento vacío. Me alcanzaba la radiación de su cuerpo, como si llevara a mi lado un saco de uranio. Creí que olía a algo pero no lograba descifrar si era a sudor o a perfume... hasta que caí en la cuenta que no olía a nada.

Levantó las manos y jugó con su peinado, depositando las horquillas sobre el salpicadero. Estaba abstraída, como dominada por la melancolía.

—Me gustaría... —rompí el fuego, indeciso.

No se me ocurría nada que decirle.

—¿Te gustaría qué?

—... Saber si tienes problemas.

No me respondió.

—¿Tienes problemas? —inquirí de nuevo.

—Como todo el mundo.

—Te veo triste. Yo... ¿Quién dice que yo no te pueda echar una mano?

Silencio. Agitó la cabeza esponjándose el pelo.

—¿Quieres comérmelo o sólo quieres hablar?

—Sólo quiero hablar —respondí bufando.

Levantó los brazos de nuevo para fabricarse una especie de moño, clavó las horquillas en él y luego volvió la cabeza hacia la ventanilla.

El resto del camino lo hicimos en silencio. No consideré decirle nada sobre el robo en la estación. Sí pensé en lo que ella me daría: *Su Cuerpo, Dinero*.

Aterrizamos en el aparcamiento del club. Dos Ford, un 27

C2, un Astra verde y rojo con dos tórtolos en el asiento de atrás, una furgoneta Volks y una Gilera con un casco blanco trabado en la cadena antirrobo.

La negra, Bemba, ocupaba el fondo de la barra. Llevaba puesta una camisa de manga larga, amarilla, de seda cruda brillante, que contrastaba con su piel negra. Resultaba casi atractiva.

Presenté a María a las chicas. La docena de patanes que teníamos como clientes se quedaron mudos. Acababa de superar el primer obstáculo para reunir los cien billetes. Necesitaba que ella supiera servir un vaso de una botella, si no sabía hacerlo yo la enseñaría.

Comencé a explicarle dónde estaban las cosas; pegó una cadera al frigorífico y no supe si me escuchaba.

Luego, tomó posición detrás de la barra, barrió con la mirada a los cuatro patanes que tenía delante y les preguntó:

—¿Venís a beber o venís a mirar?

Los tipos empujaron sus vasos y la gitana enganchó la botella.

La contemplé vaciar bolsillos.

Le dije a Sonia que trataría de volver antes de cerrar, que si no lo hacía echara la llave y llevara a María a su casa.

Conduje hasta Talavera. Entré en el Veracruz, pedí línea y marqué el número de Morlans; no contestó. Le busqué por varios bares, en El Cruce, La Bola Roja y La Marisquería.

No me dieron razón de él. Plaza, el camarero de El Sol, me dijo que en La Paloma, en Puente, había partida.

Marqué aquel número pero tampoco sabían nada del Pequeño.

Cuando regresé al club, a eso de las dos, teníamos ocho clientes, todos patanes de Talavera. María y Bemba tenían el éxito que cabía esperar. Los patanes, al abrir la puerta, se quedaban clavados en el vano ante la visión de una negra con dentadura de caballo y una gitana de ojos radiactivos

con un montón de chatarra colgándole de las orejas. Acababan de abrir la puerta del «Más Allá».

Bemba en su vida había servido una copa. Sin embar28 go María era una profesional, metía los hielos en el vaso sin dejar de mirar a los ojos al patán de turno para que estuviera

seguro de que no se había equivocado de bar. Las otras chicas ayudaban a Bemba como podían y esta mostraba sus piños en algo como una sonrisa.

El tío de la porra, Gildo, no había aparecido a vigilar su condominio. Yo no sabía si había traído a la negra en el Toyota o si esta había venido andando, ni si iba a venir a recogerla o me tocaría llevarla a casa.

Cuando cerramos, hacia las tres, y cuadré balances, habíamos hecho casi cuatro billetes. El doble de lo normal en una noche entre semana.

María me esperaba junto al Renault, le había dicho que la llevaría a casa. Bemba se había ido con Gildo; este había aparecido al fin, cargado, pasadas las dos.

Enfilamos hacia la autovía.

No hablamos. Se me habían agotado las palabras para ella. Pero temía sus silencios.

Ya sobre el asfalto de Regil y Camino Viejo, unos veinte minutos después, me vi obligado a preguntarle:

—¿Dónde te dejo?

—En cualquier parte —respondió.

No tenía a dónde ir.

—¿No tienes alojamiento?

—Déjame aquí.

—... Puedo meterte en mi hotel.

—Uno me espera.

Aparqué junto al bordillo. No abrió la puerta, había vuelto la cabeza y me miraba.

—¿Cuánto les diste?

—... Mucho.

Su mano me abrasó el brazo.

—¿Te gusto?

—... Algo más que eso.

Se inclinó sobre mí, creí que se iba a dar un chapuzón pero su brazo rodeó mi cuello y sus labios buscaron los míos con avidez. La enlacé con furia y mi boca se incrustó en su boca con todo mi cuerpo penetrando por allí.

Un incendio devastador.

29

Me echó la cabeza hacia atrás tirándome del pelo. Se llevó el dorso de la mano a los labios: sangre.

—¿Siempre eres así?

No me dio tiempo a poder contestarle. Se pasó la lengua por los labios y de nuevo se echó sobre mí haciendo prisionera mi cabeza entre sus brazos. El sabor salado, sus labios y su lengua humedeciendo mi cuello, su boca ascendiendo y su lengua escarbando en mi oreja. Susurró:

—... No te arrepentirás, te lo juro.

Sus dientes en mi cuello. Le hundí los pulgares en las axilas.

—¿Por qué querías que te comprara?

Su voz se vertió en mi oído:

—... Hubiera venido contigo por nada.

—No me conoces.

Me miró a los ojos.

—Ojos oscuros.

—... ¿Oscuros?

—Ahora sí te conozco.

Una gota se deslizaba por mi garganta, alcanzó la clavícula y allí se detuvo. Su aliento cauterizaba la herida. Restregué el hocico por su cuello y su nuca. Deslicé las manos por su espalda y amasé su culo. Se separó deslizando sus

manos por mi cuerpo como obligada a marcharse. Abrió la puerta, cogió la bolsa y salió.

La vi perderse al fondo de la calle, con su caminar determinado, con la bolsa al hombro.

No tenía ganas de arrancar de nuevo. Otra gota se deslizaba por mi cuello; llegó a la garganta y allí se detuvo.

Me encontraba vacío.

Había una horquilla en el salpicadero. Me quedé contemplándola.

No me atreví a alargar la mano para tocarla.

La dejaría allí hasta que ella regresara y la colocara en su pelo.

Entreabrí los ojos. Saqué la mano y tiré mecánicamente del cordón de la lamparilla aunque las ranuras de la persiana ya dejaban pasar el sol. Más golpes en la puerta.

30

—¿Eh?

—Maza... visita —la voz de Cos—. María, una tal María...

Quiere meterse contigo en la cama.

María. Sólo conocía a una María: la gitana. ¿Qué hacía allí? No supe qué pensar. Salté de la cama.

—Dile que suba. Hazla subir.

Abrí la ventana de par en par; me metí en el deshilachado albornoz y me dirigí a la ducha, dejando la puerta de la habitación entornada.

Cuando regresé, la tenía allí, junto a la cama. Vestía la misma falda holgada de la tarde anterior y otro niqui ajustado, frambuesa; el pelo lo llevaba recogido en un moño, sujeto con una cinta violeta y con un enorme clavel blanco encajado sobre la oreja derecha; ceñían su cuello tres o cuatro collares, de cuentas verdes y blancas, y media docena de cadenas doradas; en el lóbulo de sus orejas se balanceaban dos candelabros dorados; no traía la bolsa de viaje ni ningún otro bolso.

La veía a contraluz, con la ventana a su espalda, tocaba el colchón con las piernas, retirando con su mirada cualquier obstáculo entre nosotros.

Me dejó abrir el fuego:

—¿Qué hay? ¿Algo va mal?

—¿Tienes pasta?

La excusa para una visita temprana: pasta. Un adelanto sobre su comisión, o un préstamo. Me froté el pelo con la toalla. No sabía qué pensar. Era de día; me había birlado la cartera la tarde anterior... ella no debía saber que yo lo sabía. Los cien billetes que me había costado, un montón de dinero que tenía que reunir en un par de días. Y ahora un préstamo.

—Tengo pasta. ¿Para qué?

—La necesito. Ya. Te la voy a devolver.

Tuve la tentación de cogerla del brazo y zarandearla un poco, comentándole lo de los billetes que me había sacado del bolsillo. Me vinieron a la mente mis palabras de la noche anterior, cuando me sorprendió con la guardia baja.

Quizás no era ella quien me había birlado la pasta en los servicios de la estación, porque era difícil admitir que se

31

presentara en la pensión para pedirme un préstamo; nunca lo reconocería.

—¿Ahora?

—Ahora.

Seis billetes, con los cuarenta para Nazario, eran todo mi capital, más los cuatro billetes de la recaudación de la noche anterior. Me los iba a devolver. Si pensaba hacerlo, con su comisión en un par de meses tendría de nuevo la pasta en mi cuenta. Era la mejor forma de retenerla a mi lado.

—¿Cuánto?

—Todo lo que tengas.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—No tengo reloj. No te vas a quedar sin ello.

Imperativa, impaciente. Muy segura del efecto que producían sus niquis ajustados y el centelleo de sus ojos. No podía perderla, había invertido en ella todo mi capital.

—¿Te arreglarás con tres billetes?... Tres y medio te puedo dar.

—Dámelos.

Arrojé la toalla sobre la silla, antes de abrir el cajón de la mesita y sacar el talonario. Extendí el cheque.

Lo atrapó, lo dobló y desapareció por su escote; sin mirarlo.

—¿Has dejado la maleta en algún sitio? —quise saber.

—Sí.

—¿Dónde?

—Por ahí.

—¿En medio de la calle?

Sus ojos me miraron con fastidio.

—En una casa. Más preguntas.

—¿Y dónde es?

—En una plaza, no sé el nombre. Algún nombre tendrá.

Hay una torre sin campanas. Una casa con gente.

—¿San Andrés?

—No sé.

Se dirigió a la puerta, rodeando la cama.

—¿Algún problema? —le pregunté.

—Ningún problema.

Me la imaginé debajo de mí, para devolverme el favor.

32

Pero eran sólo imágenes que ocupaban mi mente; su imagen me abrasaba de tal forma que no concebía hacer nada con ella.

En el vano de la puerta se volvió.

—Necesito algo para moverme. Te lo devolveré antes de que vayas al trabajo.

Daba por sentado que iba a utilizar mi coche hasta que yo fuera al club. Era su forma de actuar: directa y sin rodeos.

No me iba bien. Pero, después del cheque, era sólo un pequeño favor, no iba a encontrar ninguna excusa para negárselo.

Las llaves volaron hacia ella.

—Un Renault, verde, ya lo has visto. Está en la calle de atrás.

Atrapó las llaves y luego desapareció. Dejando la puerta abierta.

33

Debía procurarme transporte.

Conocía al dueño de un negocio de desguace, un tal Chupete, tenía el taller en el otro extremo de Talavera. Gasté suelas hacia allí.

Teníamos otro día sin nubes pero todavía se podía respirar.

Tragué con avidez el aire todavía fresco.

San Julián de Prados; Alfonso VI y Mosquera. Las amas de casa arrastraban el carrito. Los viejos, camisa blanca de manga corta, piel desteñida, se confinaban en las ya menguantes sombras del parque.

En Corbera, enfrente de las oficinas del Imsero, construían un bloque de diez plantas. Los obreros encaramados en los andamios tenían cascos amarillo o naranja; la mayoría eran moros y negros. Luego, el caserón de los tíos de la porra, de tres plantas, encalado, con la bandera que necesitaba cien lavados.

Tomé por el parque aprovechando la sombra de los grandes olmos. Un chico de camiseta negra, diecisiete o poco más, dormitaba en un banco; por uno de los paseos venía en

su dirección un tipo al que no tardé en reconocer... el Chepa, o el Tropa, no hacía mucho había oído decir, equivocadamente, que había un jergón para él en Ocaña; se acercó al chico y trató de despertarlo zarandeándolo, sin conseguirlo; seguramente quería un billete pequeño, o un pitillo, le registró los bolsillos pero el chico estaba limpio porque el Chepa, o el Tropa, se quedó contemplándolo con las manos en las caderas.

Un taller de carpintería... La concesionaria Citroën...

34

Un Spar... Un almacén de maquinaria agrícola... La gasolinera de Beltrán... Cien años haciéndome viejo donde todo era viejo. Hacía cinco años que había recalado en Talavera con la idea de montar un restaurante barato con un socio

cocinero, de Villaverde, que había conocido entre las cuatro paredes; una noche, el cocinero, cargado, me había confesado que el capital lo había amasado su parienta merendando trofeos en las oficinas de los poblados dirigidos de Vallecas. La historia corrió por ahí, no sé cómo, seguramente porque yo no era el único al que se la había contado, y el tipo me persiguió con el cuchillo más grande de su maletín de cocinero.

Cobrador de facturas, acompañante de un subastero, vigilante... encargado de El Oasis. Trabajando a comisión como cualquiera de las chicas. El dueño era un tal Nazario, de Torrijos, propietario de un par de cafeterías y de un bingo, un tipo grande que sufría algo parecido a ataques epilépticos por lo que de vez en cuando me tocaba levantarlo del suelo.

Chupete sólo disponía de un Skoda con doscientos mil kilómetros, VT de Madrid, granate deslavado. Los asientos mostraban chirlos y Chupete quería verlos con fundas nuevas cuando se lo devolviera.

Enfilé hacia el banco, mi primer movimiento aquella mañana para comprobar el estado de mi cuenta, descontado el

cheque de la gitana. Era el Santander; en la plaza Castillejos, en la esquina de los pares de Doctor Pedrero.

La gitana había sacado ya los cuatro billetes. Mi resto era el dinero de Nazario y dos billetes. Había que añadir la recaudación del lunes que guardaba en el cajón del club: otros cuatro.

Plantado en medio de la acera, me pregunté a quién recurrir para reunir la pasta para Arjona. En aquella esquina, Modesto Higuera con Bombeltrán, se agitaba un poco el aire, respirable, pero la sombra de los edificios se encontraba en retirada. En marcha de nuevo, porque, cualquiera que fuese mi valedor, el momento apropiado de contactarlo sería entre la una y las dos o a última hora de la tarde.

Conduje el Skoda con desgana. Hacia el club. Siempre

35

tenía

alguna chapuza pendiente: bajar el nivel del sifón del desagüe,

darle a la bomba del pozo para regar las acacias, tumbarme

en uno de los bancos y contemplar el techo.

La puerta rozaba de nuevo. La noche anterior le había pasado el cepillo. La única razón del roce sólo podía ser que fallaban los cimientos y toda la estructura del garito se escoraba debido a las vibraciones de los trailers en la autovía.

Junté dos mesas, saqué la puerta de sus goznes y la coloqué sobre ellas. El cepillo lo tenía en la caja de las herramientas, en el cuarto trastero.

A la altura del cajón del dinero, al otro lado de la barra, advertí que este se encontraba abierto. No del todo,

estaba

mal cerrado. No era frecuente que ninguna de las chicas, o yo mismo, lo dejáramos así, ya que el cajón tenía una lengüeta metálica que sonaba sólo cuando se cerraba del todo.

Rodeé la barra y abrí el cajón. En los compartimentos estaban los billetes de cinco y de diez para el cambio. Levanté la tabla del doble fondo donde escondíamos los billetes grandes hasta llevarlos al banco, lunes y viernes, y lo encontré vacío.

Con la tablilla en la mano y la mente en blanco, tuve la misma sensación de vulnerabilidad que había tenido en los servicios de la estación cuando mis dedos escarbaron el bolsillo vacío del pantalón. Cuatro billetes: la recaudación de la noche anterior.

Alguien se los había llevado.

Cerré el cajón empujándolo con el dedo, hasta escuchar el chasquido de la lengüeta. Lo abrí de nuevo, levanté la bandeja de cambios y me quedé contemplando de nuevo el fondo de madera sin barnizar. Cerré el cajón, dejando el dedo apoyado en la madera. Caviloso. Salí de la barra y examiné

la cerradura de la puerta y el marco, también el marco

de la ventana. No había marcas de palanqueta. Habían entrado empleando un tensor, las dos cerraduras eran modelos antiguos y no constituían ninguna dificultad para un profesional.

Este no era el problema. La persona que se había llevado la pasta conocía el doble fondo del cajón, y también que yo no descubriría el robo hasta el cierre, cuando fuera a depositar la nueva recaudación, por eso no había tocado el cambio.

Que escondíamos la pasta allí sólo lo sabíamos las chicas y yo; a María y Bemba les había enseñado como levantar el doble fondo por si necesitaban más cambio. Me acordé de Gildo, el haragán, pero le había visto largarse en el Toyota con la negra.

Hice una revisión somera por el resto del bar y no eché en falta nada más, aunque no había ningún objeto de valor que hubieran podido arramblar.

Coloqué la puerta en sus goznes, cerré con llave, trepé al Skoda y enfilé hacia Talavera.

Me habían desplumado. La segunda vez en dos días.

Enfilé hacia la madriguera de la negra y del tío de la porra. Habían encontrado una habitación en el número 11 de López Otero, en Cocheras.

Veinte minutos y me encontré en una calle estrecha y maloliente, de una sola dirección, con casas destartadas de dos plantas. El 11 tenía una fachada mugrienta, con una puerta y una ventana enrejada a cada lado y tres ventanas sin rejas en la planta superior. El Toyota no se encontraba aparcado por allí.

Estrellé el pulgar en el botón del timbre. Unos segundos y me abrió la puerta una mujer gruesa de unos cuarenta años, con una guadaña como boca.

—Busco a Gildo, el guardia, o a la negra, ¿andan por ahí?

—No están.

La mujer fue a cerrar pero yo apoyé el puño en la madera.

—¿Ninguno de los dos? ¿Cuándo se han marchado? ¿Han dejado la habitación?

—A Madrid... Ella ha salido.

Yo apenas conocía al guardia, aunque me pareció que aquel hurto de poca monta no encajaba con él, no le había catalogado como un vulgar ladrón; podía verle dando pequeños

golpes, estafas, timos, pequeños negocios oscuros,

37

pero no forzando una puerta para hacerse con un puñado de billetes.

Tenía en el hotel los pasaportes de Sonia y Berta, su única documentación, ninguna de las dos se arriesgaría a quedarse sin papeles por tan poca pasta. Un par de veces habían tratado de escamotearme algunos billetes y yo había empleado la fusta con ellas.

La gitana. Mi mente se esforzaba en no pensar en la gitana. Pero tenía que enfrentarme a lo que resultaba evidente.

Me había desvalijado la gitana. María.

El préstamo, el coche, los billetes del cajón y el par de billetes que me había birlado en los servicios de la estación.

Un bocado. Sentía sobre mí la pesada losa de la pasta que había apoquinado por ella; la única posibilidad que tenía de fabricarla era ella misma, y ahora se esfumaba la esperanza de lo que ella me iba a dar detrás de la barra:

*Su Cuerpo, Dinero.*

Un filón de sentimientos al que una hija de perra morena había agotado en veinticuatro horas.

Algo no encajaba: los billetes de cinco y de diez para el cambio en el cajón, ¿por qué no se los había llevado? Si no lo había hecho para que yo no advirtiera la falta del dinero del doble fondo hasta la hora de cierre, aquello no tenía sentido porque entonces se habría largado ya con mi coche y no se presentaría a trabajar.

Diez minutos para la una. Las manos en las caderas.

No sabía qué hacer: la gitana se encontraría ya lejos, al volante del Renault.

Me metí en el Skoda y regresé a Talavera.

Conduje por calles semivacías. Con los ojos bien abiertos, girando la cabeza a derecha e izquierda en las travesías, aunque la posibilidad de dar con la gitana era remota.

Tenía la esperanza de que hubiera abandonado el Renault en cualquier calle y se hubiera largado en tren o en otro coche.

Eché un vistazo al aparcamiento de la estación; también al de un par de supermercados. Podía estar con su gente

de la cloaca, se podía haber dejado caer por Matadero

o

38

Puerta Cuartos. Conduje por el distrito de las luces rojas, la Morera, quizás se le había ocurrido vender coño por allí. No, ahora no necesitaba pasta.

Yo había ido al club de casualidad aquella mañana, por eso había descubierto el robo, porque el cajón del dinero estaba abierto. No hubiera echado en falta la pasta hasta, lo más pronto, las nueve, es lo que ella habría pensado. Puse rumbo a la plazuela de San Andrés, donde me había dicho que tenía su agujero, aunque lo más probable era que me hubiera mentido.

«Enfrente de la torre», habían sido sus palabras. Crucé la plazuela a marcha moderada. Sólo podía ser el número 6, el único portal en aquel lado de la plaza, el resto eran locales comerciales y un bar.

Se resistiría a venir conmigo, yo sacaría los grilletos y emplearía una cuerda para llevarla. No tenía ninguna cuerda en el coche, sólo carretes de nailon para pescar. Abrí la guantera y saqué uno del 12, podía soportar una tensión de tres kilos.

Dejé el coche.

La puerta del número 6 era pequeña, de aluminio y cristal. Estaba cerrada. Un portero automático con sólo dos timbres y ningún nombre encajaba en aquella jamba. Pulsé el timbre del bajo. Unos segundos y me respondió una voz de mujer.

—¿Sí?

—María, la gitana. ¿Es ahí?

—Es el otro.

«No me había mentido.» Clavé el pulgar en el otro botón. Esperé. Diez segundos. Nada. Lo pulsé de nuevo. Nueva espera. Nada.

Conseguido el botín, habría hecho las maletas y su destino sería otro primo bajándose la cremallera en unos servicios. Salí a la calzada y eché un vistazo al par de ventanas de la segunda planta, las persianas estaban bajadas, aunque no del todo.

Una mujer se disponía a entrar en el portal. Me colé

39

adentro

con ella. Tomé la escalera; escalones de madera de

pino,

fregados, muchos nudos como lunares, la barandilla

gemía.

Sólo había una puerta en el piso superior, verde oscuro.

Cerradura corriente, antigua. Escuché, no se oía a nadie al otro lado, tampoco llegaba ningún sonido desde la primera planta. Saqué el cortaúñas, abrí la lima que una piedra esmeril había convertido en una lámina afilada y la introduje en la cerradura. Un giro de muñeca, un poco de presión y el pestillo cedió.

Respiré el aire denso y caliente de un apartamento de juguete. No había nadie. Un salón diminuto, una cocinilla con una pila de fregar de acero inoxidable, un servicio de medio metro cuadrado, la ducha protegida por una cortina de plástico transparente con un estampado de flores azules, un tapajuntas con sangre en la pileta y un dormitorio abierto directamente al salón ocupado casi todo él por una cama litera. La luz se filtraba entre las tiras de las persianas de las dos ventanas, la del salón y la del dormitorio. La cámara aislante del tejado debía tener una altura de sólo un palmo porque el calor era infernal.

Sobre las sábanas de la cama una bolsa de badana, marrón, vacía; un par de vestidos, largos y floridos en las perchas del armario; en los estantes, media docena de juegos de sostenes y bragas baratas; un cepillo de dientes, un tubo de pasta y un par de frascos de perfume barato en la repisa

del lavabo. La bonita y anticuada bolsa de viaje no estaba

en ninguna parte. Debajo de la almohada no había ningún pijama o camisón; un par de sandalias de tiras asomaban debajo de la silla.

Me senté en la cama y saqué un pitillo.

Me encontraba como al principio. Si se había largado lo había hecho de forma precipitada, llevándose sólo su elegante bolsa de viaje; si no lo había hecho no podía adivinar dónde se encontraban la bolsa y el resto de la ropa.

Nadie, cuando sale de viaje, deja el cepillo de dientes.

Y no lo había olvidado ya que la repisa del lavabo estaba prácticamente vacía. Que hubiera abandonado aquel par de vestidos y aquella bolsa de badana podía tener sentido: 40

tenía dinero para renovar el vestuario. Que hubiera dejado el cepillo de dientes no encajaba, es el tipo de objeto que se echa mecánicamente a la maleta.

Examiné los dos vestidos. En buen estado y bonitos, de verano. Azul claro uno de ellos, con toda clase de florecillas, largo, con volantes blancos en el escote y en la parte baja; el otro, de tono crema, liviano y largo, con tirantes, veía su cuerpo de anguila enfundado en él; una etiqueta: «Nanette. Madrid», parecía nuevo.

Tuve la seguridad de que no se había ido, de que sólo estaba cambiando de alojamiento y no había completado el traslado.

Bajé a la calle y me metí en el Skoda.

Podía poner proa al banco. Cerraban a las dos, los empleados se quedaban hasta las tres cuadrando balances.

Conocía a un par de ellos, de los que se acercaban al río con la caña. Les habría extrañado que el cheque fuera extendido al portador, una gitana, le habrían exigido algún tipo de identificación y tomado algunos datos.

Mi ambular me llevó por Luis de Góngora. Y allí, a mitad de la calle, la encontré.

Recibí la sacudida casi antes de verla. La calle estaba vacía y había aparecido de pronto, a mi derecha, caminando con decisión, por la acera con sombra, unos veinte metros delante de mí.

Con su niqui frambuesa pegado a la piel y su falda larga y holgada, con la anticuada bolsa de viaje al hombro. Podía haberse vestido con cualquier otra prenda, su forma de moverse era única. Su imagen, alejándose, resultaba irreal.

Me arrimé al bordillo para dejar el coche y abordarla. Pero no lo hice. Sin saber por qué. Porque me extrañó verla caminando, ¿dónde había dejado el Renault?, ¿me lo había pedido para ella?, a lo mejor no sabía conducir. Caminaba con paso deslizante, pero nada hacía suponer que fuera huyendo, no echaba miradas por encima del hombro. Se dirigía a algún lugar determinado. La dejé distanciarse, alerta.

Dobló una esquina. Diez segundos; arranqué de nuevo